

## TEATRO CHILENO CONTRA LA PARED

JUAN ANDRES PIÑA

No deja de ser significativo el resultado de una encuesta de espectadores publicada en *El Mercurio* en julio pasado: en el rubro teatro, las tres obras más vistas durante el primer semestre fueron estrenadas el año pasado (**La nona**, **Regreso sin causa** y **Primavera con una esquina rota**). En el séptimo y último lugar, también aparece un estreno: **¿Dónde estará la Jeanette?** En suma, casi el 60% de las obras más respaldadas por el público no constituyen lo que se podría calificar de "novedad". La encuesta entrega otro dato que no debería pasar inadvertido: cinco de las siete obras basan su construcción sobre el humor o poseen al menos una buena dosis de situaciones cómicas (**La nona**, **Regreso sin causa**, **El enfermo imaginario**, **La comadre Lola** y **Doña Ramona**).

Si bien es cierto que el éxito de público no mide necesariamente el impacto artístico real de una creación, tampoco son desdeñables sus resultados numéricos. Incluso más, en la mayoría de las ocasiones son las obras repetitivas y de baja calidad las que obtienen el aplauso generalizado, no coincidiendo necesariamente con los especialistas en la materia. A pesar de ello, las cifras entregadas más arriba dan una pauta de qué está viendo el público de teatro: en general, espectáculos chilenos, con personajes y lenguaje nuestros, en los que de una u otra manera se tocan situaciones contingentes y donde el humor es algo esencial. Por otro lado, son espectáculos que utilizan fórmulas probadas y aprobadas por el público: el sainete o el realismo psicológico-costumbrista, género que tal vez inauguran.

La mayoría de las obras exitosas echan mano a recursos frente a los cuales el público grueso responde dócilmente y cuyo éxito se probó allá por la década del 60. Aun cuando los géneros en sí no son criticables (el melodrama y el sainete son perfectamente lícitos) y el humor no constituye un elemento despreciable (al contrario), en muchas de estas obras se huele a la distancia que la motivación es el éxito de público.

Después de la aparición de un puñado de obras, entre 1977 y 1982, hechas por teatristas chilenos que buscaban una forma expresiva distinta y un modo de referirse a la realidad, se habla insistentemente de "crisis" en el teatro. Con ello se apunta esencialmente a decir que no existió una generación de relevo —incluidos dramaturgos— que interpretaran los vaivenes y las sensibilidades del público. Se apunta a decir que no hay un trabajo escénico o de ideas, que implique un camino original por donde transitar. Si de ese grupo exceptuamos **Primavera con una esquina rota**, por el trabajo específicamente teatral respecto de una novela, el resto marca el paso.

Resulta reconfortante, en cambio, asistir a la presentación de una obra como **Cinema Utopia**, de Ramón Griffero, en la sala El Trolley. Allí, Griffero coloca dos planos de actuación: las butacas del cine Valencia, en el Santiago de la década del 50, y la película propiamente que se proyecta y que es, en realidad, actuada y no filmada. El tema de la ruptura de las ilusiones —el quiebre de la utopía—, de cómo el arte forma parte integral de la vida y sobre todo

su hallazgo escénico, convierten al espectáculo en atractivo y sugerente. Griffero no monta un tablado realista: en su obra hay sueños, intervenciones musicales de los años 50, símbolos más o menos descifrables, ruptura de los espacios, trozos de filmes, etc. Nadie que abogue por un "realismo crítico" podrá sentirse defraudado: parte de la obra se sitúa en la vida de unos exiliados chilenos en París y hasta hay alusiones a las desapariciones de personas en Argentina. Pero Griffero no verbaliza esto, no sitúa la acción en un living, no recurre al chiste fácil: le da un trabajo a la imaginación e inteligencia del espectador. Difícilmente se puede encontrar este año un espectáculo más sugestivo que **Cinema Utopia**, porque supone una búsqueda expresiva, de la cual el espectador participa reteniendo el aliento hasta el final.

No deja de ser cierto que algunas de las obras que encabezan la encuesta aludida, se orientan hacia un teatro reflexivo y de mayor envergadura. El riesgo es agotar una fórmula que el público respalda ahora, pero a la cual mañana puede volver la espalda, produciéndose así un vacío teatral. Vacío o abismo, porque entremedio pocos se aventuraron a buscar formas o a indagar en las múltiples posibilidades del teatro. Estragados por una televisión comercial que les obliga a memorizar toneladas semanales de parlamentos intrascendentes, algunos teatristas chilenos no se dan tiempo para indagar en su propio trabajo y devolverle así un producto noble a la comunidad a la que se debe. □